

# ELOGIO DE LA DISIDENCIA

Nunca se repetirá demasiado que el siglo XX padeció una de las mayores perversidades de la historia: en nombre de la igualdad y la libertad, los regímenes comunistas asesinaron a millones de personas. Víctimas, testigos y críticos de este horror, el ruso Alexander Solzhenitsyn y el polaco Bronislaw Geremek contribuyeron, como pocos, a disiparlo. Julián Meza e Isabel Turrent recuerdan a estos dos héroes de nuestro tiempo.

## Archipiélago Solzhenitsyn

**E**n Occidente ya había noticias de que el universo soviético construido por los bolcheviques no era el mejor de los mundos posibles antes de que Alexander Solzhenitsyn (1918-2008) publicara su primera novela, *Un día en la vida de Iván Denísovich* (1962), pero tanto la sumisión de las izquierdas a la Ideología como

la falta de interés de los gobiernos occidentales en la suerte del pueblo ruso impidieron, antes de la Segunda Guerra Mundial, hacer caso a las denuncias de Ante Ciliga, André Gide, Victor Serge y Arthur Koestler, entre otros. Pocos, es cierto, pero estos disidentes *avant la lettre* hicieron circular información suficiente para revelar el terror que prevalecía en el mundo carcelario que día tras día arruinaba la vida de las personas en el país del “porvenir radiante”. A partir de 1945 hubo un desentendimiento casi total, aunado a un silencio cómplice, de los sufrimientos y humillaciones que padecían los rusos y los habitantes de los países sometidos a la dominación soviética. Durante muchos años se condenaron, con razón, los crímenes de los nazis, pero se olvidaron los de los bolcheviques. La oposición de izquierda a la URSS (trotskistas, maoístas, castristas y otros istas) jamás se interesó

en las condiciones de vida que prevalecían en los países del llamado “socialismo real”.

La publicación de la primera novela de Solzhenitsyn fue recibida como una obra literaria (que lo es) más que como un testimonio de lo que había sucedido durante el dilatado periodo estalinista y siguió ocurriendo tras la muerte del dictador. Además, los campos de trabajos forzados o de reeducación, que en realidad eran de concentración (como los de Kolyma), fueron vistos entonces como cosa de un pasado al que había puesto punto final Kruschov con sus denuncias de los crímenes de Stalin durante el XX congreso del PCUS. La realidad era otra, y no fue sino hasta que se escuchó la voz de Solzhenitsyn cuando se supo que los campos de concentración que iniciaron con Lenin y se perfeccionaron con Stalin se mantuvieron en pie durante la prolongada era Breshnev (hasta 1986), cuando Gorbachov puso en marcha la *Glasnost* y la *Perestroika*. Una de las primeras medidas que tomó para ejemplificar su apertura política consistió en poner en libertad al científico Andréi Sájarov, confinado en la ciudad de Gorki.

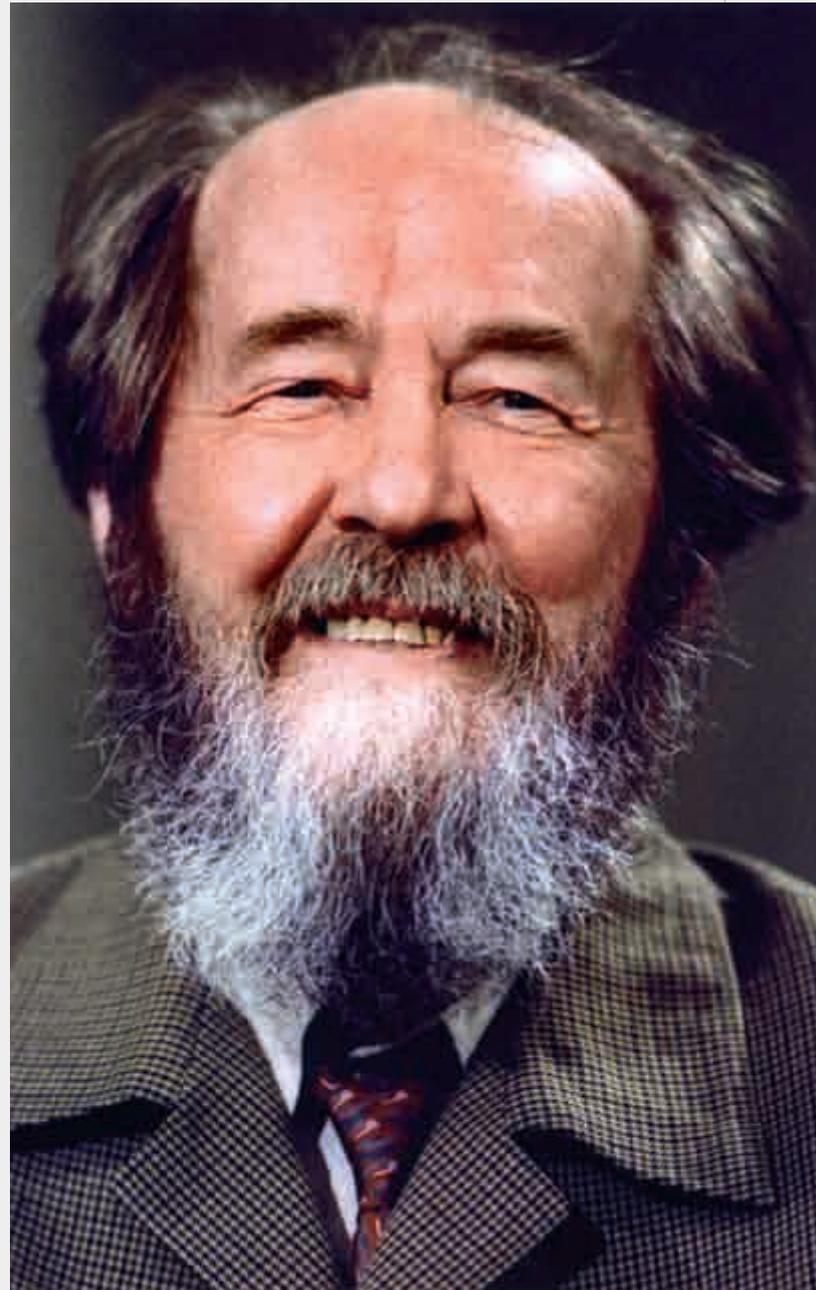
Solzhenitsyn no inventó la disidencia. Él mismo lo dijo claramente en alguna ocasión. No fueron pocos los que lo precedieron en esta singular manera de oponerse al régimen comunista, en la que constituyeron puntos

de referencia fundamentales Natalia Mándelstam (que sobrevivió a su marido, el poeta Ósip, muerto en algún campo de concentración), Siniavski y Daniel (enjuiciados en 1965), el biólogo Vladímir Bukovski y la poeta Natalia Gorbanevskaia (que en 1968 protestaron en la Plaza Roja de Moscú por la invasión de Checoslovaquia y a continuación fueron confinados en un hospital psiquiátrico) y Anatoli Martchenko (cuya autobiografía es una denuncia del gulag), pero con la publicación del primer volumen de la trilogía del *Archipiélago Gulag* en Occidente (1973) fue como si, de pronto, “una nueva enfermedad mental: la oposición” (V. Bukovski) se convirtiera en epidemia y más tarde en pandemia. Primero en la URSS y en los países sometidos a la dominación soviética y luego, progresivamente, en Occidente. Primero se contagiaron algunos intelectuales europeos de izquierda (en particular los franceses), que redescubrieron esos derechos humanos que, en su accidentado recorrido por el mundo, varias veces habían sido arrojados al “basurero de la historia”. Más tarde (siempre más tarde) se infectaron los gobiernos occidentales que empezaron a exigir el respeto de estos derechos para los disidentes rusos y de los países sometidos a la dominación soviética (no para los del Chile de Pinochet) y luego crearon (aun a contracorriente) instituciones para la defensa de los mismos en sus propios países. Fue como si la isla Solzhenitsyn se multiplicara poco a poco hasta convertirse en el gran archipiélago de la disidencia y de la defensa de los derechos humanos, frente al que se mantuvieron en la tierra firme de la fidelidad a la Idea los comunistas europeos y esos radicales latinoamericanos que todavía hoy padecen el izquierdismo, “enfermedad infantil del comunismo” (Lenin).

Ya en el exilio, Solzhenitsyn continuó su lucha por los derechos humanos en la URSS y, a diferencia de sus apologetas, no se dejó cautivar por Occidente. Le pasó algo semejante a lo que, de otra manera, le ocurrió a Kundera (que en *La insostenible levedad del ser* se burla sin piedad del kitsch y de la ingenuidad norteamericana en su relación con la libertad): se mantuvo fiel a su condición de cristiano ortodoxo, ajeno al *marketing* político e ideológico.

Gracias a la apertura política de Gorbachov, Solzhenitsyn regresó a su país, cuando ya no era la URSS sino Rusia, y más adelante tuvo un encuentro no fue muy afortunado con Putin. Con el tiempo el nuevo zar de todas las Rusias se sirvió de las críticas de Solzhenitsyn a Occidente y de sus creencias sobre la singularidad de Rusia para oponerse a todo aquello que atentara contra su condición de nuevo déspota.

¿Qué fue lo que no gustó a Solzhenitsyn de Occidente? Sobre todo, su culto a la libertad individual. Heredero de un pasado comunitario anterior al comunismo, Solzhenitsyn no soportó el individualismo a ultranza que prevalece en Occidente, tal vez porque no es ciertamente una afirmación de la libertad, sino su radical negación. Solzhenitsyn se refu-



gió en el lejano pasado ruso, donde los valores de su religión parecían prevalecer. ¿Cualquier lejano pasado fue mejor que los tiempos actuales? No es evidente. Además, se trata de algo tan irrecuperable como el baluarte de la disidencia que fue Solzhenitsyn. Este *zek* que sobrevivió al gulag sigue siendo un punto de referencia básico en la defensa de los derechos humanos, tanto en la Rusia de Putin como en todos los países en donde día tras día se violan. —

— JULIÁN MEZA

# La brújula de Solidaridad

“H

ace exactamente diez años, en agosto de 1980, estalló una huelga obrera en los astilleros navales de Gdansk, huelga que se transformó de un día para otro en una insurrección nacional.” Así comenzó su relato Bronislaw Geremek (1932-2008), que resultaría un recuento lúcido y redondo de la

historia polaca desde el nacimiento de Solidaridad. Había hecho a un lado con una sonrisa mis repetidas disculpas. El ritmo de las mesas, conferencias y entrevistas del encuentro de la revista *Vuelta* “La experiencia de la libertad” durante la primera semana de la reunión había hecho imposible acordar una cita con Geremek antes de ese sábado. Habíamos recorrido las laberínticas instalaciones de Televisa San Ángel, en medio de la penumbra y el silencio, hasta llegar al pequeño estudio donde los técnicos esperaban impacientes la grabación de esa última entrevista del ciclo que me había tocado en suerte hacer con muchos de los participantes. Geremek desechó todos los inconvenientes —incluyendo la ausencia de traductor—, se colocó la indispensable pipa en la boca y empezó a hilar, en su francés impecable, los muchos cabos de la historia de Solidaridad y su participación en el movimiento.

Se había presentado en los astilleros del puerto polaco de Gdansk poco después del estallido de la huelga que encabezaba un electricista bigotón llamado Lech Walesa. Llevaba una carta de apoyo firmada por sesenta intelectuales. “No sabemos cómo hablar con la autoridad, ¿pueden ayudarnos?”, le preguntó Walesa. “Y le contestamos que sí”, me contó Geremek. La fructífera relación entre los intelectuales y los obreros de Gdansk culminó en la mesa redonda de 1989. Geremek coordinó la posición de Solidaridad y redactó el documento final que permitió a Polonia transitar de la dictadura a la democracia. El régimen tuvo que convocar a elecciones parciales, pero libres y democráticas. El electorado acabaría por instalar a Walesa en la presidencia en 1990, y a Bronislaw Geremek en el Parlamento.

Sin embargo, la labor de Geremek había empezado antes de 1980. La caída del régimen comunista polaco fue posible gracias al fortalecimiento de la “sociedad civil”, proceso que enfrentó a todos los sectores de la sociedad con el Estado. A diferencia de otros movimientos disidentes polacos que habían fracasado en años anteriores, en 1980 a los obreros se sumaron los campesinos, los estudiantes, la *intelligentsia* y la iglesia cató-



lica. Geremek había llevado a cabo tareas fundamentales para fortalecer esa “sociedad civil” como maestro de las “universidades voladoras” —instituciones clandestinas que educaron a toda una generación de polacos—, como miembro de los grupos intelectuales que crecieron bajo el manto protector de la iglesia católica y como uno de quienes arriesgaron por años su libertad y su vida para publicar periódicos con información prohibida que circulaban de mano en mano.

“La indiferencia y la pasividad”, subrayó Geremek apuntándome con su pipa, “son las bases reales de cualquier régimen totalitario. La sociedad civil, en cambio, es una sociedad activa. Precisamente ahí, en la formación de una sociedad civil, está el genio del pueblo polaco.” Palabras preñadas de un sano nacionalismo que tienen vigencia en cualquier latitud, aun ahora, exactamente veintiocho años después del estallido de la huelga en los astilleros de Gdansk.

Bronislaw Geremek era un especialista en historia medieval francesa. Para ser precisos, en la historia de la vida de los marginados en la Francia del medievo. Cuando se presentó en Gdansk, me dijo, llevaba en sus maletas las pruebas de un

libro suyo, en francés, sobre la Edad Media. Estaba seguro que tendría tiempo para corregir esas planas, pero fue imposible. No sé si llegó a publicarlo, pero la anécdota me dio pie para tocar un tema esencial para él y para cualquier intelectual que se meta en política: la relación entre la *intelligensia* y el poder; entre las dos éticas incompatibles que describió de manera inmejorable Max Weber: la de la política, que es la de la eficacia, y la del intelectual, que radica en la búsqueda independiente de la verdad y el ejercicio de la crítica. Geremek, inteligente, erudito y lúcido, justificó su posición acudiendo precisamente a los valores morales ajenos a la política: “Max Weber planteó muy bien el dilema”, me dijo, “pero en un contexto totalmente diferente. En una sociedad totalitaria, el compromiso público del intelectual parte de imperativos éticos”.

Esos imperativos lo llevaron al Parlamento, a defender el establecimiento de una economía de mercado en Polonia a pesar de sus costos sociales, a aceptar el cargo de ministro de Relaciones Exteriores entre 1997 y 2000 y, finalmente, a representar a su país en el Parlamento Europeo. Sería insensato no reconocer los logros de su labor política: el proyecto económico que defendió sentó las bases del progreso actual de Polonia; su labor en el Parlamento fue fundamental para consolidar

las instituciones democráticas del país y, como secretario de Relaciones Exteriores, amarró a Polonia a la OTAN y abrió la puerta a las negociaciones que llevaron al país a incorporarse a la Unión Europea.

Sin embargo, y después de su trágica muerte en julio pasado, con la perspectiva de la distancia, es innegable que desde un principio, poco después de la mesa redonda de 1989, los “imperativos éticos” que llevaron a Geremek a la política dejaron de existir: habían muerto junto con el régimen comunista totalitario. Más allá de sus éxitos políticos, el brinco de Geremek de la ciencia a la política privó a Polonia del mejor de sus críticos independientes, de una brújula de la sociedad civil. Me pregunto cuántas veces lo habrán asaltado las palabras con las que cerró la entrevista, horas después de habernos sentado a la mesa, cuando camarógrafos y técnicos habían tirado ya la toalla y nos habían dejado solos. “En ocasiones, ante los hechos”, reflexionó en voz baja, “me queda una sensación de derrota, porque pensaba que en nuestro país las cosas serían de otra manera, que llegaríamos a construir una vida política distinta. Pero no fue así, y por ello nos sentimos impotentes ante la lógica implacable de la política”. –

– ISABEL TURRENT



# CUIDA TU DINERO



GOBIERNO FEDERAL

SEGOB

- Si recibes una llamada en la que te exigen depositar dinero a cambio de un premio  
**¡cuidado, es un engaño!**
- No caigas en sus manos
- Llama a la Secretaría de Gobernación al 01800 0058346

Reportes al correo: [infojys@segob.gob.mx](mailto:infojys@segob.gob.mx)



Vivir Mejor